

("Estudios", Buenos Aires (República Argentina),

enero - julio 1903



SOBRE EL CRIOLLISMO ⁽¹⁾

Á GUISA DE PRÓLOGO

Señor doctor Adolfo Casabal.

Mi estimado amigo :

El número de la revista ESTUDIOS de noviembre del pasado año que ha tenido la bondad de remitirme, ha ido á sumarse con los dos interesantes folletos de don Ernesto Que-

(1)

Salamanca, enero 11 de 1903.

Señor Doctor Adolfo Casabal.

Muy señor mío : Hace unos días recibí su tarjeta con el anuncio de Estudios y hoy recibo éstos. El número que me envía es interesantísimo y una excelente prueba de lo que la revista debe ser.

Trátase en él un asunto que me interesa y es el del *criollismo*. El trabajo de mi amigo el señor Soto y Calvo está muy discreto y razonado, como todo lo que hace este señor, aunque sólo en parte concuerde de él. Estimo mucho al autor del *Nastasio*, aunque cuando á mi parecer se ha equivocado, como en *Nostalgia*, se lo haya dicho ruda y francamente, como acostumbro. Desco escribirle y lo haré pronto. Dígaselo así.

No estoy de acuerdo con el doctor Pellegrini en su idea, tal cual la expresan en la página 341 de su revista. Claro está que ni el idioma español ni otro cualquiera puede permanecer estacionario sustrayéndose á las leyes de la evolución, pero hay que tener en cuenta que el estrecho nexo de las relaciones (la unidad á través del espacio) y el rápido aumento de las personas que saben leer y leen, ayudado por la imprenta (unidad á través del tiempo) hacen que en nuestra civilización el trabajo integrador vaya casi de par con el diferenciador en lo que al lenguaje hace. Este punto de vista he

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES

sada *El problema del idioma nacional* y *El criollismo en la literatura argentina* (1) y otros escritos de don Pablo Groussac, don Miguel Cané y demás escritores que se han ocupado en el asunto. Quiero estudiarlo con algún detenimiento, yo que vengo hace años dedicándome muy en especial á la filología, y sobre todo á la de los idiomas romances ó neolatinos, con objeto de escribir acerca de ello con conocimiento de causa.

Mi buen amigo don Ernesto Quesada me ha hecho el honor de poner á buena contribución mis trabajos en su último folleto, y se lo agradezco.

Las observaciones de don Francisco Soto y Calvo en su artículo *De la falta de carácter en la literatura argentina* (2) me parecen pertinentes y muy atinadas, y he de escribir sobre ellas.

Hay aquí dos cosas distintas, una la que se refiere al carácter propio que puede adquirir la literatura argentina y la otra la referente al llamado por algunos idioma nacional. Por lo que á la primera hace, he de explicar con extensión,

de explayar. Lo sensible es que, como aquí sucede con los catalanes y mis paisanos, vascos, se entrometa la pasión, por legítima y justa que sea, en lo que debe tratarse fríamente, y suplanten los patriotas á los lingüistas. Recuerde que en su afán por tener una lengua propia nacional los noruegos, que hablan danés, han encontrado entre ellos quien proponga la escritura fonética sin más objeto que diferenciar en la escritura hablas que sólo en accidentes de pronunciación se diferencian. Y así supongo que si los portugueses han adoptado la embarazosa y absurda ortografía etimológica, escribiendo v. gr. *mithologia*, es por usar nosotros, los españoles, una que se acerca á la fonética y si adoptáramos la suya, adoptarían la nuestra. Lo que bajo todo esto hay es lo que debe evitarse al discutir de estos asuntos. Y así, el doctor Abeille, v. gr., es sospechoso de parcialidad y falta de serenidad científica, por su origen.

El asunto me interesa y me propongo dirigir á usted una carta abierta, en que explaye estos conceptos, y que pueda ver la luz en su revista.

Sólo me resta ofrecerme á usted como amigo y afmo. S.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(1) Véase tomo III, págs. 251 y 396.

(2) Véase tomo IV, pág. 289.



cuando de la literatura argentina en conjunto me ocupe, el por qué nos gusta tanto á muchos españoles — no somos sólo Núñez de Arce, Menéndez y Pelayo y yo — el género gauchesco, y por qué pongo el *Martín Fierro*, con sus evidentes defectos, por encima de cuanta poesía americana en lengua española conozco. Ahora dejo este aspecto de la cuestión y paso al lingüístico.

Tampoco quiero entrar aquí en el fondo de la cuestión lingüística acerca del porvenir de la lengua española en América, sino que me propongo hacer algunas consideraciones de indole psicológica, á guisa de prólogo. Con más espacio y calma desarrollaré en qué me aparto del parecer del sabio gramático don Rufino Cuervo y los que como él piensan, y nada digo del doctor Abeille, porque la obra de éste me parece desprovista de todo serio valor científico. Le faltaba, entre otras cosas, conocer algo mejor el castellano que se habla en España, en el campo, y no sólo el de los periódicos y la clase media de las grandes ciudades.

Desde luego he de decirle que creo tan remoto el porvenir que el doctor Pellegrini asigna al idioma español, que vale más no ocuparse de ello. Dice la revista ESTUDIOS que el doctor Ramón C. Linares en un artículo publicado en el número 1833 de *El País*, demuestra que pasarán dos siglos antes de que el idioma español se diversifique en varios, entre los que figurará el argentino. Me gustaría conocer esa estupenda *demostración*. Porque los españoles de hoy entendemos perfectamente el español no de hace dos, sino de hace cuatro ó cinco siglos y no sé en qué se funde el señor Linares para suponer que se apresure la evolución de nuestro idioma, ó más bien que aun apresurándose — que esto es de creer — no vaya de par en todos los países que lo hablen, por remotos que estén unos de otros.

Indudable es que la lengua española, como toda lengua y

todo lo vivo, está sujeta á proceso evolutivo, pero no debe olvidarse que la evolución abarca á los procesos mismos evolutivos. Quiero decir con esto que si bien es indudable que las cosas cambian según ley, la ley según la cual cambian las cosas está á su vez sujeta á cambio y que así como hay ley del cambio hay cambio de la ley del cambio. Lo cual equivale á sostener que de la manera como se ha cumplido hasta aquí el proceso lingüístico no puede concluirse, sin más determinación, el cómo ha de seguir cumpliéndose.

Es cosa sabida que el progreso de la civilización ha traído una más estrecha relación entre los pueblos que viven á largas distancias y entre las generaciones á las que separa el tiempo. Las relaciones mercantiles y de todo género hacen que cada vez se comuniquen más entre sí los diversos pueblos, y entre ellos los de lenguaje español, y la difusión del conocimiento de la lectura, y la imprenta sobre todo, hacen que cada vez haya más gentes que se comunican con sus antepasados. Aun no se ha hecho ningún estudio de valía, que yo sepa, en que se investigue la influencia que el descubrimiento de la imprenta pueda tener en el proceso lingüístico.

Lo indicado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística ó dialectal de hoy en adelante, la integración irá de par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar á ser la tendencia á la diferenciación, la tendencia á la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo : el de que nos entendamos todos.

Estas sumarias consideraciones he de desarrollar con extensión, siguiendo mi tarea de demostrar que las diferencias entre el español que se habla en España y el que se habla en la Argentina son mucho, muchísimo menores, de lo

que muchos argentinos, que no conocen bien esto, se figuran, y que esas diferencias no son mayores que las que separan al habla de unas regiones españolas respecto de otras, también españolas. Y esto sin referirme, claro está, al vascoence, catalán, gallego, bable y valenciano.

La cuestión hay que ponerla, á mi juicio, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho á influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos, que no reconozcan en éstos patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad, que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión.

Nada me parece más ridiculo que oír decir por acá hablando de estos ó aquellos americanos que son *hijos* ingratos, como si los que ahí hablan castellano, llevan apellido castellano — y aún muchos que no lo llevan — y sangre española en las venas, fueran menos descendientes que nosotros de los que conquistaron y poblaron esas tierras. Lo probable es que lo sean más. Y así en la lengua me parece bien que ahí procuren todos poseer una que les sea común con todos los pueblos que hoy hablan lo que poseen, pero no sujetarse en el uso de ella á prescripciones de ninguno de esos pueblos ni aceptar las pretensiones del pueblo castellano á la dirección en este respecto.

Yo soy vasco y usted sabrá, porque fué cosa que me atrajo la irreflexiva hostilidad de no pocos de mis paisanos, que he sostenido que el vascoence se muere muy de prisa y que nos conviene á los vascongados que se muera. Pero á la vez dije y sostuve, como lo digo y sostengo, que al adoptar el castellano, el idioma de setenta y tantos millones de hombres, no debemos resignarnos á adoptarlo pasivamente, plegándonos en todo y por todo á las exigencias de los castellanos, sino



que hemos de tirar á infundir en él nuestro espíritu, á hablarlo á nuestro modo, siempre que nos demos á entender de todos los que lo hablan, á acelerar su vida. Y por mi parte procuro cumplirlo, y me encojo de hombros cuando me dicen que tal ó cual giro de los que uso es poco castizo ó cuando se me reprocha el que á las veces, y en mis trabajos de alguna fuerza, tengo el estilo poco español.

Esto me parece lo acertado y lo progresivo y no el malsano prurito de mantener dialectos y lenguas regionales por un afán, poco noble, de diferenciación á todo trance.

Y lo triste es, que por lo menos aquí, en España, no son sentimientos de amor á lo propio sino de odio á lo ajeno, los que dictan semejante conducta. « Gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse », dije en mi discurso de Bilbao y repito aquí.

Y como ahora voy á entrar en un terreno espinosísimo y por extremo delicado, le ruego me dispense si alguna vez puedo herir susceptibilidades patrióticas, que soy el primero en respetar. Pero yo que dije á mis propios paisanos, leal y francamente, lo que creo ser la verdad y que á cada momento se la digo á mis compatriotas, creo tener cierto derecho á decirse la á los demás.

Sería, en efecto, muy de sentir que en cuestiones como esta del idioma nacional argentino, que no deben tratarse sino con sereno espíritu científico y sin doble intención alguna, se colaran sentimientos y pasiones como los que han dictado, entre otros trabajos, el del doctor Abeille. Casi todas las investigaciones etnográficas, lingüísticas y sociológicas están envenenadas por miras tendenciosas y por prejuicios. La voluntad rinde al entendimiento, lo cual es inevitable.

Aquí, en España, apenas puede leerse lo que los catalanes y mis paisanos los vascos escriben á propósito de las lenguas catalana y vasca; los más agudos ingenios se dejan



prender en las redes de sentimientos, que aunque *á las veces* nobles, deben reprimirse en ciertas ocasiones. Dan como buenas las mayores candideces y las más ridiculas paparruchas de escritores meritísimos en otros respectos, pero que en asuntos de lingüística, por ejemplo, no pudieron sino desbarrar mucho, dada la época en que vivieron. Se apoyan en ellos, que es como apoyar hoy teorías químicas en el testimonio de alquimistas del siglo XIII. Ahí, en Buenos Aires, se publica una revista vascongada, bien intencionada por lo común, pero en la cual suelen publicarse unas disertaciones lingüísticas acerca del vascuence, con unas etimologías disparatadísimas, y unas conclusiones que hacen reír. Están más lejos de la moderna ciencia que la alquimia del siglo XIII de la química de hoy. Constituyen una verdadera vergüenza.

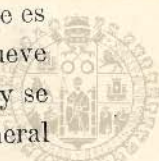
Con esto, algo duro, quiero justificar lo que voy á decir. Y es si en el fondo de esos empeños por tener un idioma nacional y de ese afán por demostrarnos que la lengua española va á diversificarse en América, no hay sentimientos poco recomendables y prejuicios nada fundados.

¡ Pobre personalidad nacional la que se busque por semejantes senderos ! Yo, escribiendo castellano, me creo tanto ó más vasco que los más de mis paisanos que escriben en vascuence, y les llevo la ventaja de que mi palabra será más oída que la suya.

Uno de los pueblos que siente más ansias de total independencia y de conquistar carácter propio es Noruega; su hostilidad hacia Suecia crece de día en día. En Noruega se habla danés, la lengua de Ibsen y de Björson es la misma de Kierkegaard y de Brandes.

Apenas hay entre ellas más que diferencias de pronunciación (poco más) como las hay entre el castellano que se habla en Burgos y el que se habla en Málaga. Y en su afán por tener una lengua nacional propia han propuesto algunos no-

ruegos adoptar la ortografía fonética y escribir con ella la lengua del bajo pueblo noruego, para diferenciar así en lo escrito lo que poco más que en la pronunciación se diferencia. Que es como si separándose mañana Andalucía de España dieran en la gracia de escribir el castellano á la andaluza y poner *zeñó* por *señor*, *muhé* (con *h* aspirada) por mujer, etc. Y aun en esto se encontrarían con menos diferencias de las que á primeras creyesen, pues no pocos modismos y aun fonismos andaluces se han corrido á toda España. Y de paso he de indicarle cuan equivocado estuvo el señor Monner Sans al afirmar en su discurso sobre el *lenguaje gauchesco*, leído en la fiesta del 9 de julio en el Instituto Americano, de Adrogué, que la supresión de la *d* en la final — ado (*llegao* por ejemplo), la substitución de la *h* por *j*, de la *e* por *i* (*regular* por *regular*) de la *v* por *g* (*güelta* por *vuelta*) de la *c* por *u* (*respeuto* por *respecto*), el *pa* por para, el *mesmo* etc. sea andaluz. Esas son formas que se oyen en boca del pueblo en casi toda España y en las regiones más apartadas de Andalucía, y hasta me parece difícil probar que sean de origen andaluz. El decir *llegao*, *andao*, etc., es hoy lo corriente y usual en España; al que hablando en conversación familiar dice *llegado* y *andado* se le tilda de presuntuoso y redicho, y en algunos sitios se le supone *indiano*. Eso nos parece un refinamiento de gente leída que quiere distinguirse. Las personas más cultas, los escritores más atildados y correctos, los que más se precian de escribir bien el castellano, dicen aquí siempre en conversación familiar, *llegao*, *andao*, y además, *pa* y *ná*, por para y nada. A alguno de ellos hasta les sorprenderá el que se les diga que hablan así; no lo han notado. De cien españoles cultos que dicen « *pa* que es eso? » ó « como no quería naa más... » los noventa y nueve lo negarán si se les pregunta. Pero oigaseles hablar y se verá. Y hasta tal punto es esto incierto que la idea general





aquí respecto á los americanos es la de que son muy redichos y rebuscados, que ponen un exquisito cuidado en que no se les escapen locuciones populares. Lo de decir *llegado*, v. gr. nos parece algo pedantesco, aunque no lo sea. Y no lo es, seguramente, en quienes han aprendido á hablar así.

El doctor Bunge, en un estudio que ha dedicado á mi labor y mi persona, en los *Anales de la facultad de derecho y de ciencias sociales* dice que un espíritu culto hispano-americano, por más que admire ciertas líneas fuertes de mi estilo, se espeluznará al leer frases como éstas, que toma de mis escritos : « y así no quedan ni los rabos... » « ¡ viva la diarrea palabrera ! » « y esta obra es mucho más que gota, es chorro... » Dice que estas son expresiones « insoportablemente *shocking* » para ustedes, y á este propósito habla de la delicadeza ática. El doctor Bunge es un buen amigo mío, á quien estoy agradecidísimo por la honda simpatía con que me ha tratado, y una de las cosas que más le agradezco son esas observaciones sobre el efecto que mi estilo pueda á las veces causar á oídos americanos. Y aquí recuerdo lo que me decía un paisano mío de vuelta de una excursión á esa república y era que una de las cosas que más le molestaron fué el cómo se recibía la palabra *coger*, que aquí, en España, es perfecta y absolutamente usual, inocente y culta. Y con la franqueza que debo á quienes con franqueza me tratan, y la ruda lealtad que quiero usar con el público argentino, al que debo tanto, he de decirle que si esos y otros rasgos de mi estilo pueden ahí ofender á algunos oídos en extremo susceptibles, aquí, en cambio, propendemos á notar en el estilo americano algo de flojo, de amadonado, falto de vigor y de robustez. Y no ciertamente en todos, pues ahí está Sarmiento, cuya prosa, enmarañada y encrespada á ratos, es una prosa robusta, caliente, fuerte y genuinamente española, sin preciosismos afrancesados.



otra parte, ahí está el doctor don Pablo Groussac, correctísimo escritor en nuestra lengua española, de quien he oído que es francés, y que afirma redondamente que « no hay más idioma nacional que el castellano » y corrobora esta tesis.

Mi cualidad de ser español, aunque bien demostrado tengo que mi españolismo no es intransigente ni exclusivista, sino por el contrario haya merecido el que se me tache aquí, en España, de poco español y de no tener el espíritu de la raza, mi cualidad de ser español y de dirigirme á un argentino, hijo de uno de los pueblos por los que más honda simpatía siento, y la demuestro con hechos, hace que no le pueda ser más explícito. Sentiría, además, deslizar alguna apreciación poco justa, debido á no conocer aún ese país *de visu* y directamente. Y él aún, aunque no lo subrayo, es como si lo subrayase.

Ganas me dan de hablarle del latinismo, suponiéndole acaso enterado de que siento poco entusiasmo hacia él y de que estoy cada vez más convencido de que los españoles, y creo que también los hispano-americanos, tenemos poco de latinos, y de que es locura querer latinizarnos torciendo nuestro natural. Aparte la lengua, están más cerca de nosotros los germanos y los anglo-sajones que esos otros pueblos á los que llamamos, tal vez sin mucha propiedad, latinos. Más es este un punto que si bien he tocado varias veces, merece amplio desarrollo.

Y termino ya. Terminó saludándole y saludando en usted al pueblo argentino.

Es suyo amigo afmo. y S. S.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 11 de enero de 1903.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES